

lonia; en una noche cae ésta en manos de los Persas; éstos llevan á la Africa sus armas victoriosas; pero la Grecia comienza á levantarse: aunque Darío sea justo, valiente, amado de sus pueblos, no puede sostenerse contra la audacia que dirige el genio: Alejandro triunfa de Babilonia; la tierra estupefacta no responde á sus victorias, sino con el silencio.

Aparece Roma, más voraz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos: ella se apodera de todo, de las leyes, de las costumbres, de los hombres, de los dioses. El mundo está unificado: los caminos que abren los Césares de Roma, ligan con la metrópoli del mundo á todos los pueblos de la tierra.

La esperanza en el libertador, también, está viva por todas partes: los hijos de Jacob se hallaban extendidos por toda la tierra: tenían cuarteles hasta en el centro de Roma; los gentiles, bajo su influencia, podían avivar sus recuerdos, corregían sus tradiciones y venían á unirse á la esperanza de un Salvador.

Así quedaba preparada la venida de Cristo.

Los tiempos estaban llenos: la hora de la redención había sonado.

La majestad de Cristo encontraba ya al mundo dispuesto y preparado para escuchar su palabra.

EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

Una labor paciente y dilatada fué necesaria para preparar, en el orden material, al mundo que había de recibir al rey de la naturaleza.

Larga y paciente fué, del mismo modo, la preparación, en el orden moral, del mundo que había de recibir al Rey de la gracia.

No satisfecho el Señor con haber preparado el universo para que recibiera al hombre que iba á crear á su semejanza y á su imagen, determinó, cuando ya el mundo aparecía con todos los encantos de una belleza admirable, disponer un lugar de delicias en que la naturaleza más ardiente y más fecunda, prodigase sus dones para arrebatarse las miradas del hombre y lisongear sus sentidos.

Una fuente se derramaba en aquel sitio por cuatro corrientes, cuyas olas apacibles arrastraban lentamente el oro, mezclado con las piedras más preciosas.

En ese sitio puso Dios al hombre, después de haberlo creado, para que fuese allí el custodio y el obrero de ese jardín delicioso.

Allí fué donde Adán, nuestro primer padre, cantó el himno de sus nupcias con la virgen, hueso de sus huesos y carne de su carne.

Como las operaciones del poder divino están arregladas siempre por una misma sabiduría, cuyas leyes sencillas se aplican á la producción de todo bien, fáciles comprender que el orden seguido por el Señor en la creación del mundo, fué por El adoptado en la obra más grandiosa de la reparación humana.

El hombre, rey de la naturaleza, necesitó, en los designios amorosos de su Creador, un paraíso para que celebrara su unión venturosa con la virgen que saliera de su carne y de sus huesos; para dominar con ella á la naturaleza toda, que se desplegaba magnífica ante su vista; para cultivar, junto con la hermosa compañera de su vida, las perfumadas flores de aquel jardín; para reproducir, en descendencia bendita, su ser y sus dones, y para mantener en aquel sitio apartado la comunicación más estrecha con los moradores del cielo.

El Rey de la gracia necesitaba, de igual modo,

siguiendo el orden de la sabiduría divina, un paraíso, no una tierra fértil de que tomara posesión después de venir al mundo, sino una morada viviente en que se formase su carne adorable, un santuario lleno de misterio y de gracia, en que se celebrase la incomparable unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina.

Decretada la Encarnación, Dios escogió para su Verbo una morada más pura que la luz del sol, más limpia que la nieve que corona las montañas y á cuya cima nunca llega el polvo de los valles.

La escogió desde el principio de los siglos y, desde entonces, la protegió contra toda invasión de la culpa y tuvo necesariamente que acumular en ella todas las hermosuras, todas las incomparables riquezas de la naturaleza, todos los dones más delicados y más sublimes de la gracia y de la gloria.

Esa morada, ese paraíso de la Encarnación, es María.

El entendimiento humano apenas puede columbrar la grandeza de María; la palabra del ángel apenas podía servir para bosquejarlo.

María, en el plan divino, descubre tres relaciones que la hacen incomparablemente grande.

Destinada para albergar, en su seno sin mancha, al Verbo divino, ella sola es la manifestación admirable de un misterio de Dios que había estado oculto á la humanidad pecadora.

Antes de que llegase el momento solemne de dilatar sobre la tierra el misterio de la fecundidad de Dios, la Trinidad no había sido promulgada: había quedado bajo el velo de la Sinagoga y sus oscuras sombras se habían hecho más profundas, por el resplandor con que se había anunciado el dogma de la unidad de Dios.

“El misterio de la Trinidad había estado oculto bajo el dogma de la unidad de Dios, dice Augusto Nicolás, hasta el momento, que comenzaba en María, de manifestarlo por la más sublime de todas las operaciones, de la que el cristianismo no tenía que ser más que el desenvolvimiento en el mundo.”

María tenía que llevar en su seno al Verbo de Dios hecho hombre.

Esta circunstancia, maravillosa y sublime, engendra una relación, no menos maravillosa, entre María y la primera persona de la Trinidad augusta.

No hay más que una paternidad: la paternidad de Dios.

“Doblo mi rodilla, decía San Pablo, ante el Padre, de quien deriva *toda paternidad* en los cielos y en la tierra.”

Un acto de esta paternidad poderosa fecundó la nada é hizo brotar el universo.

En la reproducción de los seres que creara por primera vez, Dios también ejecuta un acto de fecunda paternidad: al crear á los primeros seres, puso en ellos la virtud de reproducción, creó en ellos las especies, y su paternidad obra á través de la de las criaturas, que son su instrumento.

Así lo expresaba admirablemente la madre de los Macabeos, cuando alentaba á sus hijos á que sufrieran denodados el martirio.

“Yo no sé como, les decía, habéis sido formados en mi seno, porque no soy yo quien os ha dado el alma, la inteligencia y la vida, ni quien ha juntado vuestros miembros para hacer de ellos un cuerpo: el Creador del mundo, que ha formado al hombre en su nacimiento y que ha dado origen á todas las cosas, os devolverá otra vez el espíritu y la vida, por su misericordia, en recompensa de lo que despreciáis ahora por acatar su ley.”

Dios es padre de todo lo que existe: él lo ha creado todo.

Esta paternidad es creadora.

Pero no es la única que hay en Dios; Dios ha creado todo, pero no de su propia sustancia.

Hay otra paternidad en Dios, por medio de la cual da la vida de su propia sustancia.

Es una paternidad generadora.

Por la paternidad creadora hace, cría la vida en el universo, y por su paternidad generadora engendra la vida en un ser que es el fruto de su propia sustancia, es su Sabiduría, su Verbo, cuya generación es eterna, y por el cual ha hecho y conserva la vida en todas las cosas.

El símbolo católico lo expresa de un modo inequívoco: el Verbo, dice nuestra fórmula cristiana, el Hijo unigénito de Dios, ha sido *engendrado* y no *hecho*, y ha sido engendrado de la misma sustancia del Padre, *genitum, non factum; consubstantialem Patri, per quem omnia facta sunt.*

Por su paternidad generadora, Dios es eternamente Padre del Verbo, que incesantemente brota de sus entrañas; y por ese Verbo, al crear la vida y el universo, adquiere una paternidad creadora que es como una expansión de su paternidad generadora.

Por su paternidad creadora ha dado la vida y la seguirá dando á todos los seres posibles.

Por su paternidad generadora sólo tiene y no es posible que tenga más que un solo Hijo: el Verbo: allí pudiera decirse, si cabe la frase, que se agotó la paternidad generadora de Dios.

Por eso la Iglesia, inspirada por el cielo, llama al Verbo, único engendrado, *Unigenitus.*

Hay una tercera paternidad en Dios; la paternidad adoptiva por la cual quedamos hechos hijos de Dios, en Cristo.

En el orden de la creación y de la naturaleza, somos hijos de Dios, porque El nos ha dado la vida, como á todos los seres, somos el fruto de su paternidad creadora; pero no somos hijos de Dios, salidos de su propia sustancia, porque no hemos sido engendrados por Dios, y de consiguiente, no participamos de su vida divina, ni estamos asociados á su felicidad, ni somos herederos de su reino.

El Verbo, que es el único engendrado por Dios, es el solo que participa de su vida divina, de su felicidad y de su reino.

Pero así como, por el Verbo increado, hemos sido creados á la vida, así por el Verbo encarna-

do, por Jesucristo hemos sido levantados de la condición de criaturas á la dignidad de hijos de Dios, como lo es Cristo, es decir, engendrados por Dios no propiamente, sino adoptivamente.

Y en cuanto á los efectos, como los produce toda filiación adoptiva, tenemos los mismos derechos que Cristo; de tal manera, que El que era *Unigenitus* se hace, con relación á nosotros, sus hermanos y coherederos, *Primogénitus*, no haciendo, más que una cosa con él y por él con Dios.

Por esto, en la Escritura santa los hombres, redimidos por Cristo, somos llamados dioses como él. *Egodixi dii estis et filii Excelsi omnes.*

La Virgen María está en comunicación con esta triple fecundidad de Dios, coopera á ella, y por eso, de un modo superior, puede considerársele en relaciones con el Padre, tal vez semejantes á las de una esposa.

La Virgen no coopera, á la fecundidad generadora de Dios, cuando él engendra eternamente á su Verbo; pero sí coopera á ella, cuando lo engendra temporalmente.

En su generación eterna, el Hijo de Dios no tiene Madre; en su generación temporal, no tiene

Padre, en el sentido de una paternidad humana que pudiera atentar á la virginidad de María.

“Pero en esta generación temporal, continúa teniendo por Padre al que lo engendra eternamente, dice Augusto Nicolás, es decir, incesantemente, no con una paternidad que pasa, sino con una paternidad continua, de la cual la generación temporal, en el seno de María, no es, de consiguiente, más que la extensión.”

María, en una palabra, no es madre del Hijo de Dios, como Dios es su Padre, por su propia virtud, sino como lo anunció el ángel: *por la virtud del Altísimo que la cubrió con su sombra.*

“El nacimiento temporal de Cristo, no es, dice Bossuet, más que una continuación de su generación eterna, y por decirlo así, una especie de extensión y progreso de aquella generación.”

“Seguramente, agrega el Obispo de Meaux, cuando el Espíritu Santo vino á María, y cuando la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, el Padre celestial no hizo otra cosa que verter á su Hijo único de su seno, en que le llevaba, al seno de María, y engendrarlo de un nuevo modo, de donde el ángel saca esta conclusión: *Por esto,*

el Santo que nacerá de ti, será llamado el hijo de Dios.

“Hijo, pues, continúa Bousset, no adoptivo, sino propio; de suerte que este Santo, que es Dios y Hombre, fué un solo Hijo natural de Dios.”

“Por esto, sigue diciendo Bossuet, Cristo expresaba con una sola palabra su doble nacimiento, cuando decía: “Yo he salido de mi Padre y he venido al mundo.”

Así es que, el nacimiento temporal del Hijo de Dios, no es más que una extensión de su nacimiento eterno.

En consecuencia, María es su Madre, por una extensión de la paternidad de Dios, de su paternidad generadora.

En esto se distingue María de todas las mujeres: la maternidad de nuestras madres, es también una extensión de la paternidad de Dios, pero de su paternidad creadora, cuyo fondo es la nada.

Además, en nuestras madres, la extensión de la paternidad de Dios no se hace sentir de un modo inmediato; á través de las generaciones de nuestros padres, es como aquella paternidad se hace sentir.

“La paternidad, agrega Augusto Nicolás, á que

se asocia María, es la paternidad propia de Dios, aquella por la cual engendra de su propia sustancia: paternidad única, personal, que no admite participación de nadie, que escondida en la profundidad sublime del ser, es su acto perpetuo é inmanente. Por la virtud inmediata de este mismo acto, de esta paternidad generadora de Dios, María es Madre, con una maternidad única en el tiempo, como esa paternidad es única en la eternidad, y que, asociada inmediatamente á ella sin mediación de otro, es una maternidad divina y virginal. Por esta maternidad augusta, se ha manifestado, en el tiempo, la paternidad generadora de Dios, se ha descubierto á las miradas del hombre.”

“Su fruto es el mismo: el Verbo, hijo de Dios solo, en la eternidad; de Dios y de María solo, en el tiempo.”

“Cristo, concluye Augusto Nicolás, Hijo único de Dios y de María, se hace primogénito como jefe de los escogidos, sus hermanos, sus herederos.”

Esta filiación adoptiva es el objeto propio de la Encarnación del Verbo: María no ha engendrado al Hijo de Dios en el tiempo, sino para darle á Dios hijos en la eternidad.

Así es que Dios, por María, es no solamente Padre del Verbo encarnado, sino de toda la raza de los cristianos.

Cuánta es la grandeza de María bajo esta primera relación: esa grandeza es única.

“Después de esto, oh María, exclama Bossuet, aunque yo tuviese la inteligencia de un ángel, y ángel de la jerarquía más sublime, mis concepciones serían muy bajas para comprender vuestra unión perfectísima con el Padre Eterno. Al asociaros á su generación eterna, os ha hecho Madre de un mismo Hijo con El. Ha querido que fuéseis la Madre de su Hijo único, y ser El, Padre de vuestro Hijo. ¡Oh pródigo, oh abismo de amor.”

La mujer destinada, en los consejos de Dios, para ser cooperadora en la redención humana, no sólo debía tener relaciones con la primera persona de la Trinidad Augusta: era preciso que entre ella y el Verbo, las hubiera, también, igualmente grandes y augustas.

Esa mujer incomparable tenía que ser el paraiso en el que se unieran con inconcebible lazo la naturaleza humana y la naturaleza divina:

aquellas relaciones tenían que ser las que ligan á la madre con el hijo.

María, escogida en los designios de Dios para la obra de la reparación tenía que ser, como lo fué en la plenitud de los tiempos, madre del Verbo Encarnado, madre de un Dios.

Para percibir aunque sea de lejos la grandeza inexplicable á que fué levantada María, cuando fué designada para Madre del Verbo, es preciso ver, hasta dónde lo permite la debilidad del entendimiento, cómo pudo verificarse la unión de aquellas dos naturalezas.

Registrando la historia, ponen de manifiesto sus luminosas páginas que ha habido en el mundo hombres prodigiosos que han estado unidos á Dios.

Muchas veces el Ser Eterno les confiaba sus más íntimos secretos; otras los hacía asistir anticipadamente al nacimiento y á las victorias de los conquistadores, al progreso y á la ruina de los imperios.

En ocasiones, delineaba ante sus ojos los rasgos de la figura del Mesías; á veces, les comunicaba su omnipotencia y se oía que estos hombres, en lenguaje sobrehumano, cantaban la gloria de

Jehová, publicaban sus preceptos, contaban las visiones del cielo y lloraban con frecuencia sobre los destinos de la nación escogida.

Esta unión, no es la del Verbo con la naturaleza humana; esa unión era pasajera.

Más íntima, más profunda y aun se pudiera decir más vital, es la unión de Dios con las almas santas á las que penetra, á las que transforma y cuyas obras en cierto modo diviniza.

Pero esta unión tampoco es la del Verbo con la naturaleza humana.

En aquella unión pasajera y en esta unión más íntima, la personalidad humana no desaparece.

«La unión moral, dice el P. Monsabré, que resulta de la influencia divina, no autoriza á aquél que está sometido á esa influencia, á atribuirse el ser divino, las prerrogativas divinas.

En una y en otra unión siempre quedan bien separadas y bien perceptibles, la personalidad humana y la influencia divina que obra sobre ella.

No es esta la unión que realiza la Encarnación del Verbo.

¿Cómo se unió, entonces, el Verbo á la naturaleza humana?

“El Verbo se hizo carne,” dice el evangelista San Juan.

¿Quiere esto decir, por ventura, que el Verbo se unió á un cuerpo humano, como á éste se une el alma que lo informa?

De ninguna manera.

Interpretar á la letra las palabras de San Juan, es falsear su pensamiento.

San Juan usó de la palabra carne, porque en la Escritura Santa, con esta palabra se significa el hombre todo, es decir, el compuesto de alma y cuerpo.

Así en el Génesis encontramos esta frase: “Toda carne había corrompido su camino;” y en San Lucas estas otras: “Toda carne verá al Salvador enviado de Dios.”

Usa de esa palabra, para pintar más enérgicamente el exceso de amor que llevó á Dios á bajar hasta nosotros, y para protestar contra las repugnancias y las falsas delicadezas de los primeros herejes que no veían más que un fantasma en el cuerpo de que el Verbo divino se había revestido.

Usó, en fin, de esa palabra, porque con ella insinuaba que Dios había tomado nuestras flaquezas, que se suelen expresar con ese vocablo.

Cristo mismo, al pasar por el mundo, insinuaba claramente que no había en el cuerpo que lo vestía, un cuerpo inanimado, sino que en él había una alma.

Mi alma está triste hasta la muerte, decía.

Padre mío, en vuestras manos entrego mi espíritu, decía también en ocasión dolorosa.

El Verbo, pues, se unió no á una carne, sino á un cuerpo animado por un espíritu.

La carne del Verbo, sin alma, no sería un cuerpo humano; el cuerpo no es humano, más que en virtud de su unión con el alma; ausente el alma, el cuerpo es un cadáver.

La encarnación, pues, exige la unión del Verbo divino con un cuerpo animado: el Cristo tiene que ser Dios y Hombre.

¿Cómo se unieron estos dos elementos?

¿Se uniría, acaso, la divinidad á la humanidad, como se une el alma al cuerpo, y formar de este modo de dos naturalezas diversas una tercera naturaleza, como se realiza en el hombre?

Tampoco esta unión es la que se realiza en la Encarnación del Verbo.

La naturaleza divina y humana no se fundieron en una sola naturaleza: una y otra quedaron

en la persona del Verbo sin mezclarse ni confundirse.

La naturaleza divina no puede unirse á la humana, como el alma se une al cuerpo.

El alma y el cuerpo separadamente considerados son sustancias incompletas: su unión constituye una distinta naturaleza.

El cuerpo es materia, el alma es un espíritu, una sustancia simple: unidos forman al hombre que ni es materia sola ni alma sola; es una naturaleza distinta de las dos que la componen.

La unión del Verbo divino con la humanidad no puede realizarse de ese modo: las dos sustancias son completas: la naturaleza divina nada necesita para perfeccionarse: la naturaleza humana salió completa de las manos de Dios; no puede, entonces, verificarse la unión de esas dos naturalezas, como está realizada la unión del alma con el cuerpo.

Si tal unión pudiera concebirse siquiera, el resultado sería distinto de los dos elementos unidos, como es específicamente distinto el hombre, de sus componentes que son el espíritu y la materia.

Resultaría, entonces, que el Cristo de esa En-

carnación no sería ni Dios ni hombre, que son los dos elementos que se unifican.

“Un Cristo, dice el P. Monsabré, en una sola naturaleza es un Cristo imposible.”

No queda más que esta fórmula que es la fórmula racional, la fórmula cristiana: la naturaleza divina y la naturaleza humana se han unido en la sola persona del Hijo de Dios: Jesucristo distinta é indivisiblemente es verdadero Dios y verdadero hombre.

Como el alma racional y la carne son un solo hombre, dice el símbolo cristiano, el Dios y el hombre son un solo Cristo.

¿Y cómo pudo realizarse esa unión?

¿Se formó acaso en el seno de María un hombre compuesto de alma y cuerpo, y este hombre ya formado fué el que tomó, el que asumió el Verbo divino?

Esto no puede admitirse: una de dos cosas sucedería, ó que la naturaleza humana, ese hombre formado de alma y cuerpo, se absorbía, digamos así, en la naturaleza divina y, entonces, desaparecía la persona humana, ó se unía el Verbo á la persona humana sin destruirla, y entonces, había

dos personas: la humana y la divina: una y otra cosa es absurda.

Es, entonces, evidente que el Verbo tomó el alma, el cuerpo y la humanidad de Cristo en un solo momento.

En consecuencia, la Virgen, al concebir, concibió á un hombre que es Dios: no engendró la divinidad, á un Dios puro, sino á un hombre, que es Dios al mismo tiempo.

He aquí la grandeza de María, ella es verdadera Madre de Dios.

¡María, Madre de Dios!

“Escucha, oh hombre, exclama San Anselmo, contempla y admira. El Padre celestial tenía un hijo único y consustancial, pero no ha querido que este hijo perteneciese á él sólo; ha querido que en parte pertenezca á María: ella es verdaderamente su Madre en la tierra, como él es su Padre en el cielo.”

“El Padre, dice Bourdaloue, no es sólo autor de toda paternidad divina, sino el principio de esa maternidad divina que admiramos en María.”

Maternidad admirable: en ella se juntan la virginidad más limpia y la fecundidad más prodigiosa: una virgen que concibe, en el tiempo, al

mismo hijo que Dios, antes de todos los siglos, ha producido en la eternidad.

“Una madre, dice San Agustín, hecha madre por la sola obediencia de su espíritu, de la misma manera que el Padre, en la adorable Trinidad, es Padre, por el solo conocimiento de sus perfecciones infinitas.”

María, dando á un Dios, lo que no tenía antes, y un Dios recibiendo de ella una vida nueva.

El Verbo, por quien todo ha sido hecho, formado por una Virgen.

Ante esta grandeza, que el labio humano apenas puede bosquejar, doblan su frente los ángeles y los hombres.

La mujer incomparable, destinada en los consejos de Dios para que en élla se realizara la Encarnación del Verbo Divino, debía, como lo hemos demostrado ya, tener relaciones altísimas con la primera persona de la Trinidad Augusta.

Bajo este punto de vista, pudiera llamársele esposa del Padre, porque tiene con él un hijo común y porque la virginal concepción que la ha

hecho engendrar á este hijo sin padre, en el tiempo, es una participación virtual de la generación paterna de este mismo hijo sin madre, en la eternidad, concurriendo con él á producirlo en el mundo.

Esa mujer, singular y casi divina, ha debido mantener y mantiene relaciones dulcísimas y casi incomprensibles, con la persona segunda de la Trinidad Beatísima.

Ella tenía que ser y fué Madre de Dios.

En la Divinidad hay una esencia y tres personas: así en Cristo hay tres esencias y una persona.

Las tres esencias son la divinidad, el alma y la carne, esto es lo eterno, lo antiguo y lo nuevo, porque la divinidad es eterna, el alma es nueva, una vez que fué creada en el momento mismo en que el Verbo tomó la carne en el seno de una mujer, y la carne es antigua porque venía desde Adán.

Así es que Cristo, por razón de la naturaleza divina, fué engendrado, creado por razón del alma y hecho por razón de la carne.

Al verificarse la concepción de Cristo, en el seno de una virgen, en un solo instante quedaron